

la Dictadura del Gral. Diaz con el deliberado objeto de prolongar indefinidamente esa fatal Dictadura; los lampacenses, que por medio de la acción colectiva habían emprendido, dentro de la ley, la moralizadora tarea de educar al pueblo en sus obligaciones y derechos, y que por el noble fin que se proponían se habían hecho acreedores al aplauso de la parte sana de la Nación, fueron atisbados por el Poder que odia con todas sus fuerzas las manifestaciones de vida que pueda dar el espíritu público, ahora que, desfallecido como está, solo logra manifestarse de vez en cuando mostrando el raquitismo moral de un pueblo, heróico antes y afeminado y cobarde hoy.

Mermado y todo el espíritu público, atemorizado y acobardado como está el pueblo, pues que, cuando pugna por hacerse sentir, solo logra hacer más evidente y palpable el desconsolador cuadro que presenta un país cuyos ciudadanos en vez de hombres son máquinas, son instrumentos pacientes de la tiranía, mermado y todo, decimos, el espíritu público, el Gobierno quiere que desaparezca por completo y de ahí su afán por destruir, por matar hasta la última y más insignificante brizna de voluntad popular.

Por eso el Gobierno del General Diaz, que es la representación de aquellas obscuras fuerzas á que arriba aludimos, el militarismo y el clericalismo sintetizados por el bonete y el sable ó sean el fanatismo y la fuerza inconsciente é irracional; el Gobierno del General Diaz, ó lo que es lo mismo, su Dictadura militar, absorbente y conservadora, no podía soportar el trabajo, la honrada labor de los progresistas y dignos lampacenses.

Educar al pueblo para que sepa respetarse y hacerse respetar, es obra que pugna con toda tiranía.

Educar al pueblo para que se aparte de toda idea de fanatismo, es labor contraria á las doctrinas clericales. La labor de los lampacenses por lo mismo, debia contar con formidables enemigos.

Pero la propaganda de esos patriotas se efectuaba dentro de la ley. El trabajo de los honrados fronterizos estaba de acuerdo con nuestras instituciones y se llevaba á cabo de manera ordenada y pacífica. No podía pues la Dictadura, impedir la saludable propaganda liberal, sin cometer un monstruoso atentado, que se comentaría desfavorablemente, no ya en cualquier país medianamente civilizado, sino aún en el seno de la herda más salvaje del Africa Central.

No pudiendo impedir la propaganda liberal porque para ello no había motivo, se recurrió al embuste, se echó mano á la calumnia. Solo hacía falta un instrumento, un manequí que recibiendo inspiraciones obrara. El manequí obró, el instrumento ejecutó su trabajo. Pedro Hernández calumnió.....

Y los patriotas lampacenses, los honrados ciudadanos que aman la libertad y odian la opresión; los viriles miembros del "Club Liberal Lampacense," que emplean sus raras energías en desfanatizar al pueblo, ilustrándolo, para hacer de cada hombre un ciudadano, esos patriotas que trabajan dentro del orden y que obran dentro de la ley, fueron calumniados por la corrompida soldadesca, fueron acusados de sedición, de conspiración, de falsa alarma, de asalto á una escolta y de todo cuanto delito cupo en el duro cerebro del esbirro Pedro Hernández y de otros asustadizos soldadones, que se llenan de pavor cuando un judas en sus sacudidas epilépticas, atruena el espacio con el estallido de inofensivas bombas, que son el deleite de los bobalicones; vehículo de